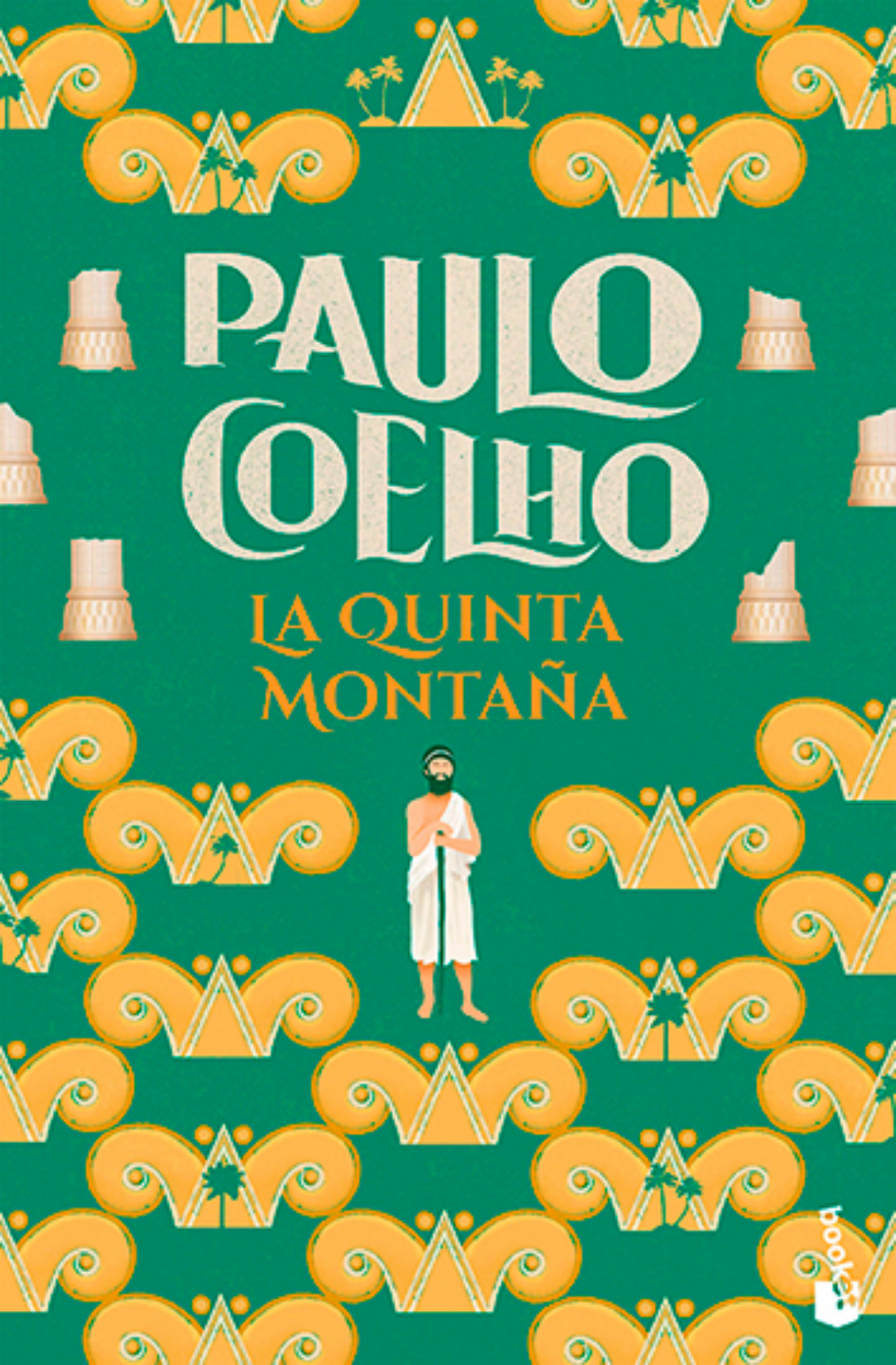




PAULO COELHO

LA QUINTA MONTAÑA



Paulo Coelho

La Quinta Montaña

Traducción de Montserrat Mira



—Serví a un Señor que ahora me abandona en las manos de mis enemigos —dijo Elías.

—Dios es Dios —respondió el levita—. Él no le dijo a Moisés si era bueno o malo. Se limitó a decir: *Yo soy*. Por lo tanto, Él es todo lo que existe bajo el sol: el rayo que destruye la casa y la mano del hombre que la reconstruye.

La conversación era la única manera de alejar el miedo; en cualquier momento, los soldados abrirían la puerta del establo donde se encontraban, los descubrirían y les ofrecerían la única elección posible: adorar a Baal —el dios fenicio— o ser ejecutados. Estaban registrando casa por casa, convirtiendo o ejecutando a los profetas.

Tal vez el levita se convirtiese, escapando así de la muerte. Pero Elías no tenía elección: todo estaba sucediendo por su culpa, y Jezabel quería su cabeza de cualquier forma.

—Fue un ángel del Señor quien me obligó a ir a hablar con el rey Ajab, y avisarlo de que no llovería mientras Baal fuese adorado en Israel —dijo, casi pidiendo perdón por haber escuchado lo que le dijo el ángel—. Pero Dios actúa lentamente; cuando se dejen sentir los efectos de la sequía, la princesa Jezabel ya habrá destruido a todos los que continuaron fieles al Señor.

El levita no dijo nada. Estaba reflexionando si debía convertirse a Baal o morir en nombre del Señor.

—¿Quién es Dios? —continuó Elías—, ¿es Él quien sostiene la espada del soldado que ejecuta a los que no traicionan la fe de nuestros patriarcas? ¿Fue Él quien colocó a una princesa extranjera en el trono de nuestro país, de forma que todas estas desgracias pudiesen suceder en nuestra generación? ¿Es Dios quien mata a los fieles, los inocentes, los que siguen la ley de Moisés?

El levita tomó la decisión: prefería morir. Entonces comenzó a reír, porque la idea de la muerte había dejado de asustarle. Se giró hacia el joven profeta que estaba a su lado, y procuró tranquilizarlo:

—Pregúntaselo directamente a Él, ya que dudas de Sus decisiones —dijo—. Yo ya acepté mi destino.

—El Señor no puede desear que seamos cruelmente masacrados —insistió Elías.

—Dios todo lo puede. En el caso de que se limitase a hacer sólo lo que llamamos Bien, no podríamos llamarlo Todopoderoso; Él dominaría apenas una parte del Universo, y existiría alguien más poderoso que Él vigilando y juzgando sus acciones. En este caso, yo adoraría a este alguien más poderoso.

—Si Él todo lo puede, ¿por qué no evita el sufrimiento de quienes lo aman? ¿Por qué no nos salva en vez de dar poder y gloria a Sus enemigos?

—No lo sé —respondió el levita—, pero tiene que existir una razón, y espero conocerla en breve.

—Entonces, ¿no tienes respuesta para esta pregunta?

—No, no tengo.

Los dos quedaron en silencio. Elías tenía un sudor frío.

—Estás aterrorizado, pero yo ya acepté mi destino —comenzó el levita—. Voy a salir para acabar con esta agonía. Cada vez que oigo un grito allí fuera, sufro imaginando cómo será cuando llegue mi hora. Mientras hemos estado encerrados aquí, ya

he muerto un centenar de veces, cuando podía haber muerto sólo una. Ya que voy a ser degollado, que sea lo más rápido posible.

Él tenía razón. Elías había escuchado los mismos gritos, y ya había sufrido más allá de su capacidad de resistencia.

—Me voy contigo. Estoy cansado de luchar por algunas horas más de vida.

Se levantó y abrió la puerta del establo, dejando que el sol entrase y mostrara a los dos hombres allí escondidos.

El levita lo cogió por el brazo y comenzaron a caminar. Si no hubiese sido por algún que otro grito, aquello hubiera parecido un día normal en una ciudad como cualquier otra. Un sol que no quemaba mucho y la brisa que venía del océano distante tornando la temperatura agradable, las calles polvorientas, las casas hechas de barro mezclado con paja.

—Nuestras almas están presas por el terror a la muerte, pero el día está hermoso —observó el levita—. Muchas veces, cuando yo me sentía en paz con Dios y con el mundo, la temperatura era insoportable, el viento del desierto llenaba de arena mis ojos y no me dejaba ver ni un palmo delante de mí. No siempre los planes del Señor concuerdan con el lugar donde estamos o con lo que en ese momento sentimos, pero te garantizo que Él tiene una razón para todo esto.

—Admiro tu fe.

El levita miró hacia el cielo, como si reflexionase un poco. Después se giró hacia Elías.

—Ni admires ni creas tanto: fue una apuesta que hice conmigo mismo. Aposté que Dios existe.

—Eres un profeta —contestó Elías—, también oyes voces y sabes que hay un mundo más allá de éste.

—Puede ser mi imaginación.

—Tú ya viste las señales de Dios —insistió Elías, comenzando a preocuparse con los comentarios de su compañero.

—Puede ser mi imaginación —fue de nuevo la respuesta—. En realidad, la única cosa que tengo en concreto a mi favor es mi apuesta: me dije a mí mismo que todo esto venía del Altísimo.

La calle estaba desierta. Las personas, dentro de sus casas, aguardaban a que los soldados de Ajab completasen la tarea que la princesa extranjera había exigido: ejecutar a los profetas de Israel. Elías caminaba con el levita, con la sensación de que detrás de cada una de aquellas ventanas y puertas, alguien lo observaba y lo culpaba por lo que estaba sucediendo.

«No pedí ser profeta. Tal vez todo sea también fruto de mi imaginación», reflexionaba Elías. Pero, después de lo ocurrido en la carpintería, sabía que no lo era.

Desde su infancia, oía voces y conversaba con los ángeles. Sus padres le aconsejaron consultar a un sacerdote de Israel quien, después de hacer muchas preguntas, lo identificó como un *nabí*, un profeta, un «hombre del espíritu», aquel que «se exalta con la voz de Dios».

Después de hablar durante muchas horas seguidas con él, el sacerdote dijo a sus padres que todo lo que el niño dijese tenía que ser tomado en serio.

Cuando salieron de allí, los padres exigieron a Elías que nunca más contase a nadie lo que veía o escuchaba; ser un profeta significaba tener vínculos con el gobierno, y esto era siempre peligroso.

De cualquier manera, Elías jamás había escuchado nada que pudiera interesar a los sacerdotes o a los reyes. Se limitaba a conversar con su ángel de la guarda y escuchaba consejos res-

pecto a su propia vida; de vez en cuando tenía visiones que no conseguía comprender: océanos distantes, montañas pobladas de seres extraños, ruedas con alas y ojos... Cuando las visiones desaparecían, él, obediente a sus padres, trataba de olvidarlas lo más rápidamente posible.

A causa de esto, las voces y las visiones fueron haciéndose cada vez más raras. Sus padres quedaron contentos y no mencionaron más el asunto. Cuando llegó a tener edad para mantenerse a sí mismo, le prestaron dinero para que abriese una pequeña carpintería.

Con frecuencia miraba con respeto a otros profetas, que caminaban por las calles de Gileade, usando mantos de piel y cintos de cuero, y decían que el Señor los había designado para guiar al pueblo elegido. Realmente, aquél no era su destino; jamás sería capaz de provocar un trance con danzas o autoflagelación, una práctica normal entre los «exaltados por la voz de Dios», porque tenía miedo del dolor. Jamás caminaría por las calles de Gileade exhibiendo orgullosamente las cicatrices de las heridas conseguidas durante los estados de éxtasis porque era demasiado tímido para esto.

Elías se consideraba una persona común, que se vestía como todas las otras, y que torturaba solamente a su alma con los mismos temores y tentaciones de los simples mortales. A medida que progresaba su trabajo en la carpintería, las voces fueron cesando por completo, porque las personas adultas y trabajadoras no tienen tiempo para eso. Sus padres estaban contentos con el hijo, y la vida transcurría en armonía y paz.

La conversación con el sacerdote cuando aún era un niño pasó a ser apenas un recuerdo remoto. Elías no podía creer que Dios Todopoderoso necesitara conversar con los hombres para

hacer valer sus órdenes. Lo que sucediera en la infancia era sólo la fantasía de un muchacho que no tenía nada que hacer. En Gileade, su ciudad natal, existían algunas personas consideradas locas por sus habitantes. No conseguían decir cosas coherentes y eran incapaces de distinguir entre la voz del Señor y los delirios de la insania. Pasaban sus vidas en las calles, predicando el final del mundo y viviendo de la caridad ajena. A pesar de ello, ninguno de los sacerdotes los consideraba como «exaltados por la voz de Dios».

Elías llegó a la conclusión de que los sacerdotes jamás estaban seguros de lo que estaban diciendo. Los «exaltados de Dios» eran la consecuencia de un país que no conocía su rumbo, donde los hermanos se peleaban entre sí, y donde un nuevo gobierno surgía a cada momento. Profetas y locos no se diferenciaban.

Cuando se enteró del casamiento de su rey con Jezabel, la princesa de Tiro, no le dio mucha importancia. Otros reyes de Israel ya habían hecho lo mismo, y el resultado había sido una paz prolongada en la región, con un comercio cada vez más importante con el Líbano. Poco importaba a Elías que los habitantes del país vecino creyesen en dioses inexistentes, o se dedicasen a cultos extraños, tales como adorar a animales y montañas; eran honestos en los negocios, y esto era lo que más contaba.

Elías continuó comprando el cedro que traían y vendiendo los productos de su carpintería. Aunque fuesen un poco orgullosos y les gustara llamarse a sí mismos «fenicios» (por causa del color diferente de su piel), ninguno de los comerciantes del Líbano jamás había intentado sacar provecho de la confusión que reinaba en Israel. Pagaban el precio justo por las mercaderías y no formulaban ningún comentario sobre las constantes

guerras internas ni los problemas políticos que los israelitas vivían enfrentando.

Después de subir al trono, Jezabel pidió a Ajab que el culto del Señor fuese sustituido por el de los dioses del Líbano. Aquello ya había sucedido antes, por lo que Elías, aun cuando estaba indignado por la aceptación de Ajab, continuó adorando al Dios de Israel y cumpliendo las leyes de Moisés. «Ya pasará —pensaba—, Jezabel ha seducido a Ajab, pero no tendrá la fuerza suficiente para convencer al pueblo.»

Pero Jezabel no era una mujer como las otras; creía que Baal la había hecho venir al mundo para convertir a los pueblos y naciones. Con argucia y paciencia, comenzó a otorgar recompensas a todos aquellos que abandonaban al Señor y aceptaban a las nuevas divinidades. Acabó mandando erigir una casa para Baal en Samaria, y dentro construyó un altar. Las peregrinaciones comenzaron, y el culto a los dioses del Líbano se difundía por todas partes.

«Ya pasará. Tal vez demore una generación, pero pasará», continuaba pensando Elías.